

CONFERENCIA I

(DISCURSO DE APERTURA)

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA CIVILIZACIÓN POLÍTICA EN LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA: Exordio. La libertad en América: el Nuevo Mundo, crisol y hogar de la libertad. Cuadro de la conquista. El pensamiento argentino: Hernando Arias de Saavedra, Juan José de Vertiz. Cuadro del Virreinato. El Consulado. El *Telégrafo* y el *Semanario*. Ideas económicas. Invasiones inglesas, 1810. Vicisitudes de la democracia en el período revolucionario. La idea unitaria y la idea federal. La revolución francesa. El Congreso de Tucumán, imitación de la Convención Francesa. Error de los ensayos de organización. Guerra Civil. Tiranía. Constitución de 1853. La libertad. La tradición de nuestros vicios políticos: *socialismo* y *oficialismo*; abandono del sufragio y de la institución municipal; ejércitos permanentes; caudillos. Reforma de las costumbres. Cuadro de la vida política argentina. Armonía de la Constitución con las leyes y de las leyes con las costumbres. Religión. Plan del curso. Resumen. Peroración.

SEÑORES:

Siempre que me detengo á reflexionar ante los cuadros de la historia, encuentro satisfactoriamente resueltos los grandes problemas del progreso. Las preocupaciones extirpadas, los ídolos rotos; los fantasmas desvanecidos; la simpatía

invocando todas las razas á la alianza de la justicia, y extendiendo su imperio sobre el terreno de los antiguos celos, que dividían á los pueblos en la hora de la batalla, como en la hora de la paz; las ciencias y las artes, la poesía que fulgura sobre la humanidad moderna desde el alma del Dante, de Virgilio, de Homero: todo esto, señores, me dice que el género humano se alimenta de la unidad, y que el instinto solidario hace de las generaciones un sér perseverante, cuyo espíritu va recogiendo siempre lecciones entre las alegrías y los contrastes de su odisea.

Así la historia, itinerario del hombre en la vida inferior, es una ciencia fecunda para el fomento del progreso, que en cada período tiene su ley y su giro. Infiltra en el alma la experiencia de lo pasado, señala á cada uno su afán, é incorpora los pueblos al movimiento indefinido, que los conduce á la elevación constante del nivel común. Por este fenómeno de armonía se encadenan las cunas con las tumbas en las flexibles fronteras conquistadas, y circula con el torrente sucesivo de las edades la chispa, que se propaga: como la luz en el elemento físico, en horizontes lejanos y siempre nuevos, sobre cuyos círculos ardientes flota el ideal de los tiempos ya pasados, punto de arranque de los contemporáneos en su laboriosa tendencia hacia el destino, que nuestra perfectibilidad jamás realiza.

Dominado por esta convicción, quebrantaría mi conciencia, si en el curso de historia nacional, que se me ha hecho el honor de encargarme,

y con el cual vamos á echar los cimientos del estudio didáctico de materia tan fértil en enseñanzas políticas y sociales, no me empeñara por descubrir el espíritu de nuestra vida anterior, á fin de deducir las lecciones prácticas y trascendentales que emanan de ella, cuando se analiza el curso de la civilización argentina, á través de su penoso desenvolvimiento. Creería faltar á mi deber, repito, como ciudadano y como profesor, si me contentara con levantar aquí, bajo pálidos colores y con mano cobarde, un panorama de hechos agrupados por la memoria, sin criterio y sin análisis: panorama mudo y estéril para el espíritu de mis contemporáneos y para el porvenir de mi patria, cuyo amor me hace subir á esta cátedra, que debiera estar ocupada por persona que la honrara con su propio prestigio. Al someterme, no obstante, al capricho del destino que me sienta en ella, me amparo de su noble misión, y quiero merecer la benevolencia de mi país, consagrándome á una tarea que puede serle útil, á lo menos por la propaganda de principios, que me propongo deducir de los cuadros generales de su historia dirigiéndome en el estudio que emprendemos por los rumbos que voy á tener el honor de exponeros.

Señores! Cada vez que se piensa en el porvenir de un pueblo, el símbolo que el sentimiento adivina como su salvación y su guía, se pre-

senta á nuestra contemplación entre los rayos brillantes, que escapan de la ley matriz, fija por la mano de Dios, como el sol sobre su centro, sobre el universo moral; quiero decir, la libertad. Nuestro siglo así lo entiende; por eso afirmo que se acerca, en la vida política, más que otro alguno, al imperio del cristianismo, ya que lucha por realizar en la esfera social los principios que surgen de la soberanía de la conciencia ante los hombres, como está escrito en las divinas páginas del Evangelio. Los herederos de las viejas tiranías feudales guerrean desesperadamente en Europa contra la reacción popular que los amenaza en esos tronos, disfrazados á veces y á semejanza del brillante despotismo de Napoleón III, con un barniz democrático, traición ante la conciencia y vilipendio del buen sentido.

No soy de los que aplauden todo partido que escribe en su bandera la palabra libertad, aunque no tenga ni el propósito ni el poder de hacerla triunfar; pero cuando dirijo la vista á la Francia, á la Italia, á la España, y ¡hasta al Austria! no es posible que se me oculte la magnitud de la tormenta, que se prepara en el seno de la Europa contemporánea.

Ignoro si la democracia tendrá reservados largos días de rudo batallar, pero creo que se aproxima á grandes pasos el momento de la libertad, y principalmente el de las explosiones. Tampoco me halaga la esperanza de que la Revolución, prudentemente dirigida, coloque en seguida de

su victoria, las sociedades educadas en opuesto sentido, sobre los quicios naturales de la libertad; pero este temor debe hablar con la imperiosa persistencia de la vocación en el alma de los americanos, llamados por la Providencia á conservar el fuego sagrado, mientras los pueblos, que bajo distinta faz marchan á la cabeza de la civilización, se desgarran, como nos hemos desgarrado nosotros. De la justicia puede decirse como de la verdad, que su reino padece fuerza.

Raras veces es dado al hombre prever el destino de una idea ó de un sentimiento; mas si alguna victoria tiene el mundo en perspectiva, si alguna esperanza puede abrigar este siglo, testigo de la democracia norte americana, es sin duda la esperanza y la victoria de la libertad, solución cumplida de todos los problemas que abarcan las relaciones humanas. Si en la política combaten los pueblos ansiosos de practicar la soberana investidura de su propio gobierno, contra los poderes que centralizan la vida nacional, ó venden la gloria por el derecho; si los centros lejanos de la acción oficial languidecen por la impotencia del motor, como se hielan las extremidades cuando el corazón paralizado no les envía la sangre que vivifica los cuerpos, el hombre moderno conoce la solución de su problema: libertad. Si el estado usurpa los derechos del espíritu monopolizando la educación; si usurpa los derechos de la conciencia, oprimiendo las religiones, el hombre también conoce este nuevo antídoto, que lo es contra toda tiranía. Si, por fin,

se acobarda la industria bajo el peso del impuesto y de las restricciones; si la propiedad se aleja amenazada por la avaricia fiscal, ó desfallece por las combinaciones del despojo bajo cualquier forma, ya estimule las artes con el pan del obrero, ya fomente la educación del rico con el sudor del pobre, ya abra paso á los ejércitos, los remonte y los conserve con el trabajo del pueblo, que van á oprimir; ya tienda la mano imprevisora en amparo del industrial, cegando una á una las fuentes del comercio y del cambio, y engendrando la ruina de la masa consumidora; contra todas esas calamidades, señores, funesta reliquia de un pasado, al cual se apegan los tiranos con pertinacia sólo inferior al anatema popular que sobre ella recae, el siglo XIX posee una arma y una bandera: la santa libertad, que clavada en la tierra donde triunfa después de la victoria, florece como la lanza de Rómulo, porque es juntamente la fuerza del derecho y el semillero de la prosperidad.

Las almas liberales se complacen en estas promesas, que el destino elocuente de la criatura reserva á la actividad de los pueblos; y no hago sino enunciar una verdad de evidencia, que la Europa confiesa por la boca de sus pensadores sinceros, cuando digo que la libertad tiene en el Nuevo Mundo su hogar y su crisol.

Un historiador norte americano, profundo en sus vistas y admirable por la animación dramática con que reviste sus narraciones, Guillermo Prescott, ha dicho en el mejor de sus libros: en

Europa se ha ensayado el gobierno de las minorías; á la América le ha tocado la misión de ensayar el gobierno del pueblo por el pueblo; y exclama en seguida, como herido por un temor que tortura su alma de demócrata: «¡Desgraciada humanidad si el experimento falla!»

No, señores: la injusticia no es el premio de la virtud. A habernos destinado para la explotación y la servidumbre, la alta Providencia no hubiera depositado en nuestro corazón la actividad y la fuerza. Hubiéranos sometido á una ley de inercia que desarrollara la tiranía sobre elementos muertos, sin intuiciones de justicia ni la razón de su dignidad. Nos ha hecho activos, y nos ha preparado en la libertad campo para la energía personal. Encontraremos, por consecuencia, en la justicia el galardón del trabajo, la corona del sacrificio y la consagración del martirio. Así vemos al hombre creciendo en poderío, y robusteciéndose en el espíritu y en la conciencia, á medida que vive, que piensa, que trabaja, que sufre y que ama: *vires acquirit eundo*.

Laboulaye lo decía á la Francia hace diez y siete años: el hecho culminante y creador, al cual se ligan los presentimientos del mundo, y del cual han de surgir los nuevos dogmas de la era de la libertad, es la revolución de Norte América. ¡Con cuánta mayor razón podemos repetirlo hoy, cuando la democracia ha demostrado, superando una crisis tremenda, que atesora en su esencia fuerzas conservatrices para

contrarrestar las causas perturbadoras que la pasión desaconsejada subleva bajo toda forma de gobierno, y más peligrosamente aún, bajo aquellas que no dejan á las querellas personales otra salida, sino la revolución, verdadero cráter de las sociedades oprimidas por el cual brota juntamente el fuego de la cólera popular y la escoria de los vicios traidores! José de Maistre borraría sus blasfemias contra la democracia si viera hasta qué punto ha crecido el niño, cuyas mantillas despreciaba; si contemplara el orden, la armonía y la prosperidad desarrollada en los Estados Unidos, gracias á la soberanía del pueblo, que él llamaba á la vez «niño, ausente y enajenado».

El experimento no fallará, porque hay un Dios en el cielo, que gobierna el mundo moral por la ley inalterable de la armonía, que está en la libertad.

Importa, en efecto, un fenómeno histórico de la más alta trascendencia, y cuyo alcance no puede ser menor que la formación de tantas nacionalidades transformadoras, que á semejanza de los romanos, han dejado su huella estampada en los anales del mundo, el hecho rápidamente consumado, por el cual en medio siglo revistió un continente la forma de la democracia: hecho providencial que despierta las esperanzas de la raza humana, unificada en la civilización y el amor de la justicia, á través de los mares y de las montañas, que no son ya, gracias al cielo, barrera para la solidaridad de la especie, ni circuns-

criben el nefando hogar de rencores fratricidas. No lo dudemos, señores: el Nuevo Mundo es el hogar y el crisol de la libertad.

Si el ingénito patriotismo soportara otro lenguaje que el de sus propias intuiciones, yo insistiría en estas ideas, que no hacen sino corroborar por la reflexión las tendencias consagradas por la revolución en la República Argentina, para inculcar el deber moral y la responsabilidad tremenda que pesa sobre los pueblos de América á causa de su ministerio providencial, que es á la par su orgullo y el criterio de su juicio. Si la libertad llegara á naufragar en América, habríamos esterilizado medio siglo de martirio, y arraigado para luengos años el despotismo sobre la faz del mundo por el descrédito de los gobiernos populares, que si bien están en la naturaleza, contrarían, no obstante, los privilegios de la fuerza, que hierde pero escucha cuando se siente flaquear, y que en el día de la victoria hierde sin escuchar. A cada uno su tarea. Tal es la ley.

Á nosotros la nuestra, hijos de la República más avanzada en instituciones de cuantas pertenecieron á la antigua familia colonial de España. A nosotros, señores, la de infiltrar la esencia allí donde hemos aplicado la forma; la de discernir nuestros aciertos de nuestros errores, y la buena de la mala simiente en nuestras inclinaciones y costumbres, heredadas de épocas que importa estudiar para juzgar; á nosotros, por fin, la de aclimatar la libertad en otra parte que

en la Constitución, que no es su terreno, sino su sanción, quiero decir, en el hombre: único camino de consumir la regeneración de la patria con la reforma radical, prometida á los pueblos y postergada tras de nuestra inerte indolencia.

Hemos llegado al fondo de la cuestión.

Señores! Si la genealogía de la democracia en Norte América sorprende y cautiva al hombre reflexivo por la lógica que la rige, por la rectitud y la seguridad con que se levantó aquel gran pueblo en un simple acto de independenciam, que consagraba el hecho de la libertad preexistente en las costumbres,—no sorprende ni cautiva menos el espectáculo de la democracia argentina, por cuanto revela el esfuerzo del hombre, la espontaneidad y el heroísmo de generaciones mártires, la fertilidad de generosos errores, la explotación consumada por el patriotismo sobre todos los instintos, sobre los buenos y sobre los malos; los estallidos de la barbarie, los ensayos artificiales, y por fin, la labor con su mezcla de miseria y magnificencia, de egoísmo y abnegación, de fuerza y debilidad; la lucha, en una palabra, con que la República ha llegado, bajo la áspera ley del trabajo que realiza nuestras aspiraciones vitales, á la forma democrático-federal. No sé si me extravía la pasión; porque, lo confieso, si pudiera escoger mi nacionalidad, no la cambiaría, tan satisfecho me encuentro bajo mi nombre y mi bandera; pero creo ingenuamente estar en la verdad, cuando me pásmame la comparación entre dos épocas de mi país: la co-

lonia y la actualidad.—¡Cuánto ha progresado la República, señores! . . No os hablaré en esta noche del vuelo que ha adquirido el ingenio argentino, ni la industria y la riqueza públicas, desde la revolución hasta nuestros días, contra toda la resistencia de la guerra civil, que abrió las esclusas de la barbarie. Me limito á sus progresos en la vía de las instituciones, en el camino de la grata esperanza de los pueblos modernos, la divina libertad.

En las colonias españolas se refugiaron, deprimidos hasta el grado de la pasión vulgar, por un predominio tradicional en los hombres de su nación, diversos elementos heridos por la reciente victoria del absolutismo monárquico; fenómeno poco atendido, que se me impone, no obstante, con la más plena evidencia.

Analicemos.

En la conquista de otras regiones de América se puede observar encarnado en personalidades descollantes, el carácter caballeresco de los españoles en los últimos tiempos de la edad media. Cervantes, para ridiculizar la caballería, vertió los tintes de la caricatura sobre su tipo más puro y más poético; pero Hernán Cortés, don Juan en Sevilla y Godofredo en Méjico, cruzado religioso que compartía la víspera de sus fabulosas batallas entre doña Marina y el padre Olmedo, es la realidad viva de aquella raza, cuya epopeya histórica, cantada por la musa popular y los genios familiares, ha venido á la posteridad en los *Romances* del Cid. En su ancha moral ca-

bían todos los placeres del libertinaje y la galantería, y reputaba ampliamente rescatada su conciencia de toda pesadumbre, si después de una vida desgarrada destruía un ídolo con la espada, ó enclavaba la cruz sobre cadáveres de paganos.

Me apresuro á convenir en que los conquistadores del Río de la Plata no medían el nivel de los once semidioses de la Isla del Gallo, ni el de aquellos bravos aventureros que destruían sus naves para precaverse contra su propia debilidad. Un espíritu análogo los dominaba, sin embargo, en sus inclinaciones de propagandistas, y su inferioridad relativa no hacía sino vigorizar el contraste entre su misión y su carácter. Si existía en su alma, como rezago de las luchas religiosas, una pasión que disipaba el sentimiento íntimo cristiano, sentimiento de amor, de benevolencia y de justicia, que desenvuelve unísonamente todas las fibras vitales; esa pasión, señores, era simplemente consuetudinaria y arraigada, y en su acción sobre nuestra historia antigua no revelan abrigar otro móvil, sino la ambición ininteligente, la avaricia madre del antagonismo entre intereses corrompidos por su origen, cuya ruda colisión precipitó la conquista en una anarquía, que mil veces hubo de ponerla al borde de la ruina.

De ahí sus luchas, su impotencia, y con ellas la necesidad de ensayar un remedo de sistema feudal despótico y expoliador, que le imprimió vuelo y salvó la sociedad colonial, no sin dejar, cuan-

do llegó el día de la reacción absolutista, el germen de la anarquía interior en los intereses lesionados, en las esperanzas fallidas, en las ambiciones burladas y la cólera del indígena abrumado bajo todo linaje de violencias brutales y de refinadas torturas.

De ahí también la prontitud con que el primer gobernante del Río de la Plata, que había nacido en las colonias, arrebató el poder al soldado para pasarlo íntegro á manos del sacerdote, transformando la propaganda evangélica en una colonización levítica, la más duradera y admirable realización de las utopías sociales, que no por el raro colorido de su fisonomía, deja de ser un ejemplo de la decadencia esencial, que germina en la sangre de los pueblos, cuando se apartan de la naturaleza y de la libertad, en organizaciones ficticias sin apoyo en las leyes providenciales de la armonía moral.

El absolutismo implantado en sus formas más crudas, el monopolio comercial triunfante y deificado, la clausura de las colonias á las relaciones del mundo, el desarraigo sistemático del gobierno y de la magistratura, la absorción de toda iniciativa privada en la actividad del estado, regido por un motor lejano; la carencia de estudios, que iniciaran al colono en los misterios de su derecho: tales eran los más saltantes elementos de la política tiránica y meticulosa de la metrópoli, templados solamente por un régimen municipal, que más bien que la consagración de la fuerza popular, era el ala con que el despotis-

mo adormecía á las colonias como el vampiro á su víctima, para dominarlas mejor. El gobierno de los reyes era suave, sin embargo, en la forma, y el Código de Indias es benévolo y protector para la raza oriunda, así como duramente severo para sus verdugos.

Si los partidos de la colonia hubieran sido más dueños de sus símbolos, y la época de la emigración no lo fuera de desidia intelectual y de indolencia en el problema político, seguramente que las luchas intestinas de aquellos tiempos hubieran asumido una importancia histórica de altísima trascendencia. No obstante, su capacidad se manifestó; ensayaron sus fuerzas, y la memoria de los pueblos recuerda siempre sus agravios, cuando llega el día de la justicia, tardío á veces, pero infalible.

A fines del siglo XVIII fué violada la consigna, y el investigador paciente encuentra uno que otro disperso, pero brillante destello, que anunciaba el génesis de la inteligencia argentina. Un americano rompió la espada del conquistador: se llamaba Hernando Arias. Otro americano abrió á la ciencia las puertas del Río de la Plata: se llamaba Juan José de Vertiz. La acción original del hijo de las colonias era saludable y creadora; porque los pueblos sólo viven cuando se alimentan de su pensamiento y de su sangre. En aquellos días los canónigos de Buenos Aires se permitían declarar inválido el peripato de Salamanca y de Córdoba; y comenzaban á circular rumores que venían de otros

pueblos, eco de ajenas esperanzas y ruidosas transformaciones, que cayeron sobre la sociedad, como la primera gota cuya persistencia talladra la piedra.

En los primeros tiempos del virreinato, la vida del pueblo fermentaba con signos de actividad, con alimento para las pasiones, para la curiosidad, para el entusiasmo y aun para la reflexión. Antes de aquella época la inercia social no fué perturbada sino por la desastrosa revolución de los comuneros del Paraguay, (cuyo sangriento desenlace fué la venganza del poder) y las guerras enigmáticas de Portugal en el territorio oriental del Plata. En el período transcurrido desde mediados del siglo XVIII, el espíritu público pudo encontrar manantial y pábulo en la resistencia de los guaraníes al tratado de 1750, que entregó sus pueblos á la corona portuguesa; en las guerras subsiguientes, que llegaron á su máximo de ardor; en las cuestiones de Malvinas, que lastimaban el orgullo nacional y llamaban la atención hacia la revolución de Norte América; en el alzamiento de Tupac Amará, crisis que sin duda penetró las almas elevadas con la prestigiosa corriente de una duda inquieta y sobresaltos reveladores, que el gobierno colonial fijó en la memoria con el lujo de crueldad desplegado al reprimirlo; y por fin, en las invasiones inglesas de principios del siglo XIX, que prestaron á Buenos Aires, á la par que una gloria inmortal, la oportunidad de concebir la conciencia de su propio poder triunfan-